

FIESTA DEL SAGRADO CORAZÓN 2018
COLEGIO EMAÚS

HOMILÍA

Una de las preguntas más importantes de nuestra vida de fe, en sus diferentes etapas es ¿cómo es Dios?, ¿cómo podemos conocerle? La fe cristiana responde a esta gran cuestión de una manera directa y simple: el corazón de Jesús.

Para la Biblia el corazón es el órgano del conocimiento, de la libertad, de la inteligencia, del deseo. Por eso, se insiste en la conversión del corazón, porque implica la conversión de la persona, de la matriz interior que dirige la acción, el pensamiento, las actitudes, los juicios, la sensibilidad. Conocer a fondo a alguien se traduce en escrutar su corazón, tener acceso libre y transparente a sus intenciones, pensamientos, deseos, valores, sueños, alegrías y proyectos.

La historia de Israel se puede leer como un progresivo desvelamiento del corazón de Dios. A lo largo de su historia Dios ha ido mostrando al pueblo de Israel su corazón, a pesar de que el pueblo no se mantenga fiel al pacto (alianza), a la amistad sellada con Dios. La Biblia nos dice que en lo profundo de su corazón, Dios se caracteriza básicamente por dos rasgos: es compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en piedad (Sal 86,15; 103,8; Ex 34,6); y es fiel, es de fiar (Dt 7,9; 32,4; Sal 144,13), no engaña ni traiciona ni se echa atrás.

En la primera lectura del profeta Oseas se nos muestra un Dios que nos ama, nos cuida, nos enseña a andar con la paciencia de un padre o una madre, un Dios que siempre ha estado ahí, aun cuando nosotros no lo comprendemos. El corazón de Dios nos ha ido haciendo y moldeando. En alguna medida nosotros hemos sido “cera blanda entre tus dedos”.

Esta historia de revelación del corazón llega a su plenitud con Jesucristo. Él viene del corazón de Dios, (Sal 110,3). En realidad, podemos decir que es el corazón de Dios, pues es la Palabra de Dios, la Palabra del corazón de Dios, que se hace carne (Jn 1,14). Por eso, viendo a Jesús, contemplando su figura, tenemos acceso directo al corazón de Dios (Jn 1,17-18).

¿Cómo es este corazón de Jesús a lo largo de su vida?

Un corazón nazareno. Si bien esta etapa se suele conocer como la vida oculta de Jesús, tendríamos que afirmar más bien que Nazaret es un lugar de revelación del auténtico rostro de Dios. El corazón nazareno contrasta con nuestra cultura actual que busca incesantemente el aparecer y lo extraordinario. Las ofertas de experiencias únicas y extraordinarias son infinitas. Nos cuesta tomar conciencia que aunque tengamos el trabajo más interesante siempre se impone la rutina, la repetición, lo ordinario y las tareas sencillas. Y en cada rutina hay dimensiones que son fascinantes y dimensiones muy aburridas y tediosas.

El corazón nazareno busca sentido en lo ordinario. No olvidemos que es en el día a día dónde se verifica nuestra madurez humana y espiritual. La profecía se juega en lo pequeño

de todos los días, en la fidelidad cotidiana. El corazón nazareno vibra con cada encuentro humano e invita a hacer bien, atentamente, todo lo que hay que hacer. *“El secreto radica en estar todo yo en cada cosa que se haga”*. La felicidad de Nazaret radica en estar presente en lo que se tiene entre manos, sin pensar en lo que viene después (...). La felicidad es no imaginar el futuro y no llorar el pasado”. El corazón nazareno reconoce belleza en las realidades más sencillas de nuestro presente.

Un corazón itinerante. En la vida pública el corazón de Jesús es un corazón compasivo, que se compadece y se estremece, se conmueve (Mc 6,34; Lc 10,30); ante la enfermedad, la soledad, el abandono, el sufrimiento y el pecado. Jesús cura a los enfermos, sana a los que padecen dolencias en el cuerpo y en el espíritu. Es un corazón manso y humilde (Mt 11,29), que actúa desde el servicio (Mc 10,45) y la humildad. Que hace y dice la verdad con llaneza, con sinceridad, sin tapujos, sin búsqueda de ventaja personal.

Un corazón traspasado. La cruz es el lugar donde “la divinidad se esconde”. En la cruz podemos encontrar un corazón fiel hasta la muerte, que no se doblega por los peligros, por el qué dirán, por las apariencias. Es un corazón que persevera en su camino. Por eso es un corazón marcado continuamente por la obediencia filial (Jn 4,34). Todo su hacer estriba en cumplir la voluntad del Padre, manteniendo su fidelidad hasta la muerte (Filp 2,8). En la cruz el corazón se rompe y se entrega, que queda traspasado por el pecado del mundo (Jn 19,34). Un corazón que vence el pecado perdonando, amando, rompiéndose de amor, derramando hasta la última gota de su vida, de su sangre, por perdonar, por reconciliar, por abrir el camino a Dios. Un corazón que se vacía de sí mismo (Fil 2,7) hasta el extremo de la muerte, hasta el don del Espíritu de su corazón (Jn 19,30).

Un corazón reparador. En la resurrección el corazón de Jesús repara la vida y la fe de cada uno sus miembros, sin reprochar “ni pasar la cuenta”. Es un corazón que respeta los procesos de cada uno, restaura cada vida en su singularidad y de ese modo delicado va restaurando la fe de la comunidad. El corazón del resucitado tiene huellas de sufrimiento y muerte. Es un corazón herido de amor que quiere ofrecerse a toda la humanidad. La vida nueva nace con y desde la herida. Es un corazón que invita a dejarse acompañar y descansar por Él. Como muchas veces lo escuchamos de las personas mayores, "Corazón de Jesús, en Vos confío"; supone confiarse a sus manos y ser conscientes de que somos infinitamente queridos, esperados, acompañados.

Hace poco el superior general de la Congregación, en una de sus cartas a los hermanos dijo que “si tuviera que subrayar algún aspecto de la liturgia que me resulta más familiar en nuestro estilo SSCC, sería el silencio”.

Una espiritualidad centrada en el corazón de alguna manera nos invita a “hacer el bien poco a poco y sin mucho ruido”, como decía san Damián (Carta a Pánfilo, 13 diciembre 1881). El rasgo característico del corazón de Jesús es “hacer el bien sin ruido”. En la adoración aprendemos a amar el misterio de Dios, que es escondido y discreto, lo que nos lleva a amar activamente también de forma discreta, sin hacer mucho ruido. Nos vamos haciendo hermanos en la medida en que vamos entrando juntos en la dinámica del corazón de Jesús, en este “hacer el bien sin ruido” y en el silencio de la adoración.

Al contemplar el corazón de Jesús contemplamos el corazón de Dios. Alabado sean los Sagrados Corazones de Jesús y de María...